

EL

ISLEÑO

ENSODIO

DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

POR MANUIL ROMANO.



BUENOS AIRES.

Imp. Americana.

1857.

Enrique J. Bernadas. Wien 25/VII
Ueberricht. 1876.

EL ISLEÑO, *Fays vobis
mit Loffe
zuprochen.*

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA,

POR

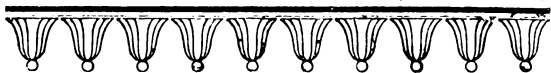
MANUEL ROMANO.



BUENOS AIRES:

IMPRENTA AMERICANA, calle Sta. Clara núm. 62.





A NUESTROS LECTORES.

Sin mas antecedente histórico que el parte que copiamos, no es difícil adolezca nuestra obra de algunas inexactitudes; pero nuestro único pensamiento ha sido presentar en la actualidad uno de esos brillantes episodios de nuestra historia que yacen relegados al olvido despues de medio siglo.

EL AUTOR.



CAPITULO I.

Descripcion.



óbrega y pavorosa noche estiende su manto sobre el mundo como una lápida mortuoria; no se descubre una sola estrella en el firmamento, y al traves de su onnegrecido velo, la luna se oculta bajo una bóveda de negros nubarrones, lanzando de vez en cuando un rayo de luz sulfurea, que

brilla y se apaga, cual fuego que se elevára de la mansion de los muertos.

Do quiera la luz es absorbida por la oscuridad, como si el jénio del cual presidiera á la muda naturaleza; el hombre, y aun los mismos irracionales, quisieran huir de una escena que los aterra.

El terrible viento de la pampa argentina, cual raudal impetuoso, cruza las inmensidades del espacio arrancando de raiz árboles que cuentan siglos de existencia, haciendo salir de madre los rios, inundando la campiña, y derribando cuanto intenta detenerlo. Brama abriéndose paso por entre el tupido ramage de bosques que cuentan siglos de existencia, y se deja oír en lontananza su profundo silvido, mas fuerte y violento á medida que se acerca el grito que exhalan los corpulento, sauces y férreos ñandubais al caer tronchados por su poderosa fuerza; para ir á espirar en la profundidad del oceano, mientras que los pálidos reflejos del nuevo dia, trayendo en pos de sí la calma que viene tras de la borrasca, vienen á animar de nuevo la recién devastada campiña, la que á medida que aparece el astro vivificador del nuevo dia torna á vestirse con sus variadas y brillantes formas.

Y en verdad, si les fuera dado á nuestros lectores trasladarse á las variadas y risueñas márgenes del caudaloso *Paraná*, se estasiarian al con-

templar el bellissimo cuadro que presenta uno de los lugares donde empieza la gloriosa epopeya de nuestra historia. En efecto, el hermoso convento de San Lorenzo, ya sea contemplado á la radiosa claridad de un brillante sol, ó bien iluminado por el rocío de plata que vierte la luna en el mundo americano, siempre aparece allí como un pensamiento dedicado al creador, á la vez que un mudo pero elocuente recuerdo á los héroes que combatieron allí por la libertad de este hermoso continente.

Véese allí una inmensa planicie que se pierdo en el horizonte, sembrada de bosques é interrumpida solo por una ú otra eminencia, formando una continuada serie de suaves colinas. A la derecha el gran rio, reflejando en sus cristalinas aguas, la negra selva impenetrable á la huella humana. Siguiendo el curso de este rio, y como á unas cinco leguas de la naciente ciudad del Rosario, y á unos doscientos pasos del borde de sus elevadas barrancas, se encuentra el pueblo de San Lorenzo, con un hermoso monasterio, colejo de San Carlos, que cobija en sus sombríos claustros misioneros virtuosos que han propagado la fé de Cristo en toda la estension de sus desiertas comarcas. A uno y otro lado del antiguo monasterio, vénso las casas que forman esta poblacion circundadas de eleva-

dos álamos y coposos ombues, que dan vida y animación á la brillante perspectiva que se presenta al viajero, que por primera vez arriba á aquellos lugares de imperecedero recuerdo.

Una inmensidad de terreno cultivado hácia el interior, conocido con el nombre de *chacras*, deja entrever la laboriosidad de sus habitantes que esplotan asiduamente la proverbial feracidad de ese suelo privilegiado que les ofrece dos cosechas por año. A unos quinientos pasos siguiendo las sinuosidades de la barranca se encuentra una ensenada que forma el pequeño puerto donde se abrigan porción de embarcaciones, que van allí á cargar los productos de la comarca. La patata, el maní, el maíz, la sandía, é inmensidad de otros productos que, anticipándose en la estación á la de los pueblos circunvecinos, provee á las ciudades mas populosas de ambas márgenes del Plata.

En una de esas blancas casas sombreada por seis elevados álamos y cercada con una empalizada de gruesos postes de ñandubay, y con un huertito bien cultivado donde se encuentra abundante provision de hortalizas y frutas, á la vez que un pequeño espacio destinado al cultivo de las flores, formando grata armonía la vistosa margarita, la nacarada azucena, y la aromática flor del aire, bella y blanca como la luz de la mañana,

cultivado por una jóven de quince abriles, bella como la primera impresion de amor, de tez blanca y mejillas sonrosadas, y unos hermosos y rasgados ojos negros, velados por sus largas y sedosas pestañas, preceden á sus hermosos y delgados labios de carmin, que dejan entrever dos hileras de blancos dientes de marfil, animan ese bello conjunto de formas ideales que caracterizan á ese bello ser que se llama mujer, y que el criador del universo ha colocado en la tierra para compañera del hombre.

Sentada entre las flores en un banco del tronco de un árbol, con su negra y larga cabellera esparcida sobre sus blancas espaldas, que forma ondulaciones, impelida por la brisa matinal, nuestra jóven, como estasiada, mira revolotear en su alrededor al delicado *pica flor*, de doradas y vistosas plumas, que pasando de una á otra planta, y picando con su delicado aguijon el caliz de alguna flor, extrae de ella el jugo con que se nutre. El lúgubre tañido de una campana vibrando en el espacio, hizo sonar cinco veces su argentino sonido, que se repercutió prolongándose en la inmensidad.

—Ay! las cinco, exclamó la jóven, mi padre va á salir, y Julian no viene aun; y levantando su hermosa cabeza, y jirándola de uno á otro lado, miraba por entre los troncos de los árboles con-

fundidos en la espesura. En esto dejósese oír el ahullido de un perro, y nuestra heroína animándose instantáneamente y presa de una dulce emoción, dejó ver en sus lábios una dulce sonrisa:—Ah! él es! dice. Quién sino él es capaz de imitar con tal perfección el lenguaje del mas fiel de los animales? Un ligero ruido siéntese entre el ramaje, y se ve salir del bosque un jóven medio arrastrándose, y que apartando el tupido ramaje esclama.

—Clara, Clara, descubriendo á la jóven puesta ya de pié, y dirigiéndose á ella con la velocidad del rayo, la rodea con sus brazos al rededor de su flexible cintura, estampando un ardiente beso en su frente.

—Julian! Julian! esclama ella, déjame embriagada por el contacto que la inmediación al objeto amado comunica á nuestro ser como un fluido magnético que se entrafía en nuestra alma.

—Qué os deje, decis? y para qué he venido, para qué he corrido toda la noche, espuesto á ser absorbido por el bandabal y desafiando la horrible tempestad? Solo por verte, por gozar un solo instante el placer de verte, por oír el sonido de tu voz, por oírte repetir mi nombre, Clara mia.

—Pero y si mi padre viene! Han dado las cinco, ¿no habeis oído? ha mas de una hora que me hallo aquí esperandoos?

—Cómo ! me reprochais acaso mi tardanza ? pues bien, interrogad á la naturaleza, preguntad á esos viejos árboles devastados por el viento. No habeis oido á caso el terrible huracan que ha reinado durante toda la noche ?

—Ah, sí, razon teneis, y ahora que recapacito no sé como habeis podido llegar hasta mí!

—Cómo ? vos no sabeis Clara que nada resiste al poder de nuestra voluntad, cuando el deseo de obrar va unido á una voluntad irresistible ?

—Los repentinos gritos de Clara, Clara, vinieron á interrumpir el diálogo de nuestros dos amantes.

—Ah ! mi padre viene, dijo Clara apartando blandamente al jóven ; él corrió á ocultarse entre la espesura de los árboles ; mientras tanto un anciano de noble aspecto, se adelanta y dirigiéndose á Clara la dice :

—Qué haceis, hija mia ! y tomándola una mano la examinó detenidamente, con una mañana tan fria y húmeda : tú que desde algun tiempo aca te veo desmejorar de tal modo que he llegado á abrigar serios temores por tu salud, hija mia ?

—Estaba con mis plantas, padre mio, balbuceó la jóven, bajando los ojos, y dirigiendo una mirada inquieta á su alrededor, que no pasaba inapercibida á la escudriñadora mirada del anciano.

—Anda, hija mia, al lado de tu madre.

Así que la jóven se alejára, no sin volver frecuentemente la cabeza al teatro que acaba de abandonar, el anciano se dirigió al pequeño jardin, y mirando fijamente la yerba cubierta con el rocío de la mañana, descubrió aun la huella de un pié que no era el de Clara. Ah! bien me lo presumia ellos se han visto nuevamente, la turbacion de mi hija, su salida furtiva á una hora en que no acostumbra hacerlo, esta huella reciente todo me lo indica. Bueno, ya es preciso adoptar una resolucion que ponga término á una relacion de esta especie, que puede conducir á mi hija al borde de un abismo.

Y para esto es preciso dejar estos lugares hospitalarios donde he gozado dias de paz y de ventura! Pero donde ir? el enemigo comun surca nuestros rios; sin el conocimiento práctico del pais, estraño en esta provincia; afrontaré así los peligros con una hija jóven y con mi esposa enferma?

En esto déjase oír el acompasado tañido de una campana que llama á misa, y el anciano santiguándose dijo:—Ocurriremos á Dios? Vamos á misa.

Ah, pero qué inspiracion! por qué no tomar consejo del venerable parroco del lugar? El inspira confianza, á la vez que respeto: él es queri-

do y respetado en estos lugares, goza una influencia ilimitada dentro y fuera de la provincia, él me ayudará á salvar las dificultades que me rodean. Dijo, y alejándose precipitadamente se dirigió al monasterio.

Momentos despues, el jóven oculto entre el ramaje, asomando su cabeza, viera alejarse al anciano. Ah! con que quereis alejar vuestra hija de estos lugares, por temor del miserable gaucho á quien tanto despreciais, vos pobre anciano nacido en las ciudades, que juzgais indigno todo lo que no pertenece á su corrompido recinto; que nó reconocéis virtudes en el rostro tostado por el sol, ó la frente surcada de arrugas, que arrostra la intemperie, en el rudo trabajo de la labranza, ó de las faenas pastoriles, los rigores de la estacion, como la ingratitud de la compensacion á una vida de privaciones, y sin estímulo. Mientras vosotros en medio del fausto y de la molicie, os erijis en árbitros de nuestra suerte y destino.

Ah! pero vos sois el padre de Clara y yo os perdono. Por otra parte vais á confiar lo que llamas vuestras penas á un hombre digno y virtuoso á quien debo lo que soy y quien ha velado por mi existencia; él me hará justicia y tal vez sea el medio de que la providencia se valga para ello.

Dijo; y aproximándose á un coposo espinillo

que daba sombra á las plantas, del pequeño jardín, cortó un gajito de sus doradas aromas y despues de llevarlo á sus lábios, lo colocó entre la cinta negra de su sombrero, y sacando de su cintura un largo puñal con vaina y puño de plata cincelada, escribió con la punta en la arena, —hasta el *domingo en el bosque!* É internándose entre los árboles desapareció.

En el linde del cercado de la huerta, viérase un brioso caballo lujosamente enjæzado, que sujeto por una rienda en la empalizada que forma el muro de esta propiedad, piafaba impaciente formando hondos surcos en la arena, hasta que la presencia de su dueño lo hizo aquietarse y relinchar. Llega este y desatando la rienda monta de un salto.

Una vez á caballo podia juzgarse nuestro jóven con propiedad, este bello tipo del gaucho argentino, de alta estatura y bien formado, aun que un poco delgado: sin embargo en sus musculosos brazos y anchas espaldas, véfase al hombre vigoroso y fuerte de nuestros campos, á quien el hábito del trabajo, lejos de enervar constituye una organizacion de hierro. Dos grandes y rasgados ojos negros, de pupila brillante é inquieta, sombreada por largas pestañas, preceden á una ceja tambien negra y muy poblada. La cabeza cubierta de una masa de negro cabello que cae hasta

el cuello y su negra barba entera, forma un marcado perfil, mas bien de tipo griego que americano: su nariz aguileña, y su tersa y espaciosa frente, contribuye á dar un aire de prestigio y majestad á aquella figura verdaderamente varonil. Un largo poncho con el collarin de terciopelo negro, prendido al cuello por dos broches de plata de los que cae una cadenita del mismo metal; un sombrero de finísima paja con una ancha cinta de terciopelo negro, labrada en forma de panecitos y resaltaudo de un lado el gajito de aromas que hemos visto arrancar del jardin de Clara; un tirador de gamuza bordado de seda de colores, y adornado de trecho en trecho con pequeñas moneditas de plata en forma de botones, un largo puñal de vaina y puño de plata metido al travez, y un *chiripá* puesto en forma de calzon, de finísimo paño grana ribeteado en su alrededor con una cinta de seda del mismo color, armoniza con un ancho calzoncillo cribado un tanto azuleado y orlado de un ancho fleco, del que entre salen las formas de un pequeño y delgado pié cubierto por una blanca y finísima *bota de potro*, con una pequeña abertura en la estremidad donde se dibujan dos dedos del pié. Asi que se hubo separado del cercado nuestro jóven, hundió las puas de sus pesadas espuelas de plata en los hijares del fogoso alazán, el que encabritán-

dose momentáneamente echó á correr levantando una nube de polvo y dejando estampada una profunda huella en la arena, por los surcos que abriera con sus herradas patas. Se perdió á poco rato tras una eminencia en perspectiva sombreada de robustos árboles.





CAPITULO II.

El Convento.



El convento de San Lorenzo fundado en 1786 por real cédula de 14 de Diciembre de 1775, bajo la advocacion de colegio de San Carlos, está en el centro de la poblacion á que dá su nombre, y que dividida en dos fracciones á un lado y otro del monasterio, queda este completamente solo y aislado del contacto inmediato de la gente del siglo. Talvez la austera disciplina de la comunidad ó razones de otro género,

han influido en el ánimo de aquellos siervos de Dios á resistir hasta hoy que se construyan edificios contiguos al convento.

En cuanto á lo que constituye el edificio del monasterio, si bien que nada de notable se encuentra en orden á arquitectura ó accesorios de otro jénero, sin embargo no es el mismo monasterio de los tiempos de la historia que narramos.

Una hermosa y elevada torre de forma piramidal, que está en relacion á su moderna fachada, que presenta tres grandes portadas sobre las que campean sus ojivas ventanas que iluminan el coro, han venido á reemplazar la antigua y pequeña puerta como á la estrecha y oscura ventana que en años anteriores apenas dejaba paso á un escaso rayo de luz débil y opaca.

El interior de la iglesia nada notable contiene, á no ser la impresion que produce al visitar la solemnidad del lugar y algunas esculturas ó accesorios de antiguo origen.

El padre de Clara, despues de haber oido devotamente la misa, en el dia de los acontecimientos que hemos narrado, se dirige á la puerta contigua á la iglesia que comunica con el interior del convento, y siguiendo el curso de su entrada llega á una puerta á la estremidad de aquella que comunica con la iglesia por una espaciosa sacristia,

y tirando de un cordón pasado por una pequeña abertura, déjase oír el timbre de una campanilla. Un momento después la puerta girando sobre sus goznes se abre, la figura venerable de un anciano aparece en el dintel de ella.

—Padre mío, dice el anciano, deseo hablaros y pedir os consejo, y ayuda en un asunto del mayor interés para mí.

—Muy feliz me conceptuaré si puedo seros de alguna utilidad. Mi misión como mis deseos son los de contribuir al bien de mis semejantes, cualquiera que sea su suerte ó su condición, además que una secreta simpatía me liga á vos á pesar del incógnito que guardais entre nosotros ; pero vuestra conducta intachable y vuestro exterior indican en vos un hombre no común, á quien quizá los embates de la fortuna han arrojado á estas playas ; explicaos, pues, y contad con todo el apoyo y los medios de que puedo disponer.

—Gracias padre mío! Gracias! nunca dudé de vuestros nobles sentimientos ; las bellas cualidades de que os hallais dotado se revelan en vuestra noble fisonomía y en ese aspecto noble y magestuoso que caracterizan un hombre superior, y es por la confianza que me inspirais que vengo á depositar en vos el pesar que me aqueja, y pedir os consejo.

Ya sabéis que tengo una esposa ó hija única á

la que he consagrado mi existencia, y el único ser que me hace grata esa misma existencia tan combatida por las vicisitudes de los tiempos porque atravesamos.

Clara tan pura como bella que antes de ahora era un ángel, en cuyo corazón no se anidaban otros pensamientos que los puros y castos de la infancia, parece que hoy siente latir su corazón bajo la influencia de una pasión mundana, inspirada por un ser desconocido, debida á la fatalidad de un suceso imprevisto.

—Cómo? esplicaos! que pueda yo al menos conocer ese suceso con todo sus detalles.

—Bien, padre mio. Hará como un mes que una mañana saliera Clara á gozar del puro ambiente y de la bella perspectiva que ofrecen estos lugares en la estación porque pasamos, pero prolongándose su ausencia hasta una hora muy avanzada me resolví á salir en su busca por los alrededores, me interné en el bosque que entra en la ensenada del puerto, y siguiendo el curso del arroyo continué mis pesquisas.

Después de algunos instantes de vagar á la ventura me pareció entrever por entre la espesura de los árboles flotar un blanco vestido; me aproximé al lugar de la visión, y juzgad de mi sorpresa cuando veo á una mujer al parecer exámine en

los brazos de un hombre que la sostiene y rodea con sus brazos. Era Clara, mi hija !

—Al reconocerla no fuí dueño de mí, pues la creía muerta ; dos raudales de lágrimas corrieron por mis mejillas; pobre hija mia! exclamé en medio de la desesperacion de que me hallaba poseido.

—Ah ! es vuestra hija, exclamó el jóven que la sostenia.

—¡ Sí, es mi hija ! mi querida Clara ! exclamé.

—Pero, cómo se halla en vuestros brazos, y en este estado ?

—Vamos, dejad esto para despues ; trac agua del arroyo en ese sombrero, dijo, ladeando su cabeza y dejando caer un sombrero de paja.

No es mas que un desmayo, que pronto pasará ! Vamos, despachaos.

—Animado por esta esperanza, corrí al arroyo, y llenando de agua el sombrero volví en el acto y bañé con ella el rostro de mi hija. Un instante despues, empezó á dar señales de vida ; sus mejillas pálidas como la muerte, empezaron á colorearse de un ligero encarnado, y al entre abrir sus ojos me reconoció.

—Padre mio ! dijo con una voz muy débil, fijando despues sus hermosos ojos en el jóven : aquí teneis, padre mio, á mi libertador, exclamó. Entonces el jóven dirigiéndose á mí, me dijo:

—Mirad á este lado, y me señaló á una pequeña distancia un toro revolcoándose en su sangre, y un hermoso caballo lujosamente enjaezado atado á un árbol, un paso mas allá.

Vamos, hija mia, vamos á casa la dije, tu madre te espera y tu no puedes permanecer asi en los brazos de este señor y en este lugar: marchemos, ya me contareis mas tarde este terrible suceso, y tendré doble ocasion de ofrecer mi eterna gratitud á este jóven á quien llamais vuestro libertador. Pero vuestra hija no puede aun ir á pié hasta vuestra casa, me dijo el jóven; yo tengo acá mi caballo, colocada por delante de él, irá muy bien y sostenida por mí podrá marchar con toda seguridad.

Yo mostré mi resistencia á esta proposicion, pero mi hija apoyó la idea del jóven, de modo que no tuve nada que replicar.

Montó el jóven en su caballo, yo ayudé á Clara á subir; la que sentada en la silla hacía adelante, iba sostenida por el jóven que habia entrelazado sus brazos al derredor de su cuerpo, y así marchamos: yo seguia á pié al lado de mi hija, pero los obstáculos del onduloso camino me separaba de ellos con mucha frecuencia, y cuando volvía á encontrarlos percibia que hablaban en voz baja é interrumpiéndose así que me aprosimaba. Cuan-

do estuvimos inmediatos á casa, pedí á Clara que se bajase á fin de no alarmar á su madre con su presencia repentina en el estado en que se hallaba, pues ya la veia muy animada y contaba con que podria hacer por sí sola el corto camino que aun teniamos que andar. Pero volvió esta vez el jóven á decirme, era mejor que me adelantara yo mismo y previniera á mi esposa, á fin de que no recibiera una impresion desagradable con la súbita aparicion de Clara, mientras que ellos seguirian despacio el camino. Clara apoyó otra vez la indicacion del jóven y otra vez tuve que ceder no sin una secreta repugnancia.

Apresuréme, pues, á llegar á casa donde encontré á mi mujer un tanto alarmada por la ausencia de Clara; pero procuré calmarla, diciéndole que no era nada, que un vértigo habia producido su caida y retardo por algun tiempo; pero que se aproximaba sostenida por un jóven.

—¿Y la habeis dejado sola con un jóven? dijo mi mujer.

Ella lo ha querido, es ella quien me ha suplicado adelantarme.

—Vamos; contestó la madre meneando la cabeza, y con marcado disgusto. Se lanza hácia afuera, y cuando yo creia que estarian ya en nuestra puerta, les veo venir á una distancia aun

como si hubieran quedado enclavados en el sitio en que los dejé, y así que nos vieron fué cuando el caballo empezó á dar señales de movimiento. Al aprosimarnos á ellos percibí que hablaban muy quedito, y noté el semblante del jóven radiante de alegría, mientras que mi hija mostraba por su parte un semblante muy risueño y animado. Una vez llegados á casa ayudé á bajar á mi hija é invitamos al jóven á descansar; entonces este, sin negarse, ni aceptar, nos hizo la breve relacion en estos términos:

Atravesaba el bosque esta mañana en direccion al convento, cuando ví un toro furioso dirigirse en derechura á un objeto blanco que el aire hacia flamear, lo que percibí era un vestido de mujer. Comprendiendo la inmensidad del peligro que corría la víctima amenazada, me lanzo tras él y ya á algunos pasos de distancia logro ponerle el lazo, y lanzo mi caballo en direccion opuesta á fin de hacerle retroceder; entonces el animal furioso quiere embestirme á su vez, pero no le dí tiempo por que logré envolverlo á un árbol donde le di vueltas hasta que logré estrecharlo á él; entonces bajé y le hice una profunda herida en el corazon por la que empezó á correr un raudal de sangre: dejé sujeto en esta posicion y me lancé á socorrer á la jóven á quien habia visto caer presa del ter-

ror que le produjera el peligro inminente que habia corrido; toméla en mis brazos y ví que se hallaba ecsánime; la Providencia os envió sin duda en aquellos momentos á fin de prestar oportunos socorros á vuestra hija.

Mi esposa conmovida con esta relacion y llena de reconocimiento hácia aquel jóven que acababa de salvar la vida de su hija, estrechaba al jóven entre sus brazos, bendiciéndole y dándole las mas espresivas muestras de reconocimiento.

En cuanto á mí parecia presentir que aquel hombre iba á arrebatarme el cariño de mi hija, y á pesar del mérito que habia contraído á mi gratitud y reconocimiento, una secreta resistencia me impedia ser tan significativo como debiera, en mostrarle mi gratitud y reconocimiento. Parece que él lo comprendió, pues cuando al fin le dirigí la palabra, diciéndole que le quedaba muy reconocido al importante servicio que acababa de hacerme y que deseaba recompensarle de algun modo, despues de un momento de silencio y durante el cual tuve ocasion de observar en su fisonomía el desagrado que le habian causado mis palabras, revestido de dignidad y como herido su amor propio, me contestó: Señor, vos nada me debeis, estoy suficientemente compensado, dijo, dirijiendo una mirada significativa á mi Clara.

Despues de algunas palabras cambiadas, el jó-ven se separó de nosotros, y noté que al alejarse Clara tenia los ojos fijos en el camino que este re-corría y que su alma se sentia conmovida bajo la influencia de la pasion naciente.

Desde entonces mi hija ha desmejorado notable-mente, de tal modo que he llegado á temer por su salud, sin dejar de creer que la causa real de este cambio era la pasion que habia logrado inspirarle ese desconocido.

Hoy he podido rectificar mis sospechas, ellos se han visto esta misma mañana en el jardin de mi casa; mi hija ha dejado el lecho muy temprano, y la he encontrado en su pequeño jardin muy conmovida, he visto allí mismo la huella reciente de un pié de hombre, y no dudo que él huyó cuan-do yo me aprosimaba, prevenido por las voces que yo daba llamando á mi hija. Creo, pues, que ha llegado el momento en que yo debo adop-tar una séria resolucion hácia mi hija, que ponga término de una vez á un mal que puede traer la desgracia y aun la muerte de ella. He resuelto, pues, alejarme de estos lugares con mi familia por mas doloroso que me sea abandonar un lugar en el que he gozado dias muy felices; pero la suerte de mi hija lo ecsije y yo no debo hesitar: pero no conozco el pais, y veo á cada paso dificultades con

que tendré que luchar, y es por esto que recurro á vos, señor: ya conocéis mi situacion y no dudo que me ayudareis á salir de ella. —¿Y vos no conocéis á ese jóven, no sabeis su nombre al menos?—Le llaman el Isleño?—Ah! es él, exclamó el sacerdote.—Sí, padre mio, es él. Una mutacion repentina se notaba en la fisonomia del sacerdote, y dirijiéndose al anciano, dijo: Y no temeis que una resolucion tomada asi de un modo tan repentino precipite á vuestra hija en la desesperacion? porque si ella está tan fuertemente impresionada como vos mismo lo creéis, pudiera muy bien ser demasiado violento el medio que quereis emplear.

—Ah, padre mio! razon teneis, no habia previsto eso; pero, qué hacer?

—Esperar! yo os guiaré! teneis confianza en mí?

—Ilimitada, padre mio!

—Pues entonces os vuelvo á decir que esperéis. Mientras tanto observad á vuestra hija y tratad de profundizar el tamaño de la herida que ese jóven haya hecho en su alma.

—Bien, padre mio, esperaré.

—Id con Dios, pues; y cualquier cosa que os ocurra venid á mí.

—Gracias, padre mio, replicó el anciano retirándose.

—Ah, con que Julian es! dijo el sacerdote, asi que se hubo quedado solo ; y nada me ha dicho, ha temido sin duda confiarme este secreto, yo le veré, y preciso será vencer la repugnancia del padre de Clara, porque Julian es muy digno de ella, pero él no le conoce como yo.





CAPITULO III.

La Cita.



NA hermosa mañana del mes de Enero, en que la naturaleza vestida con todas las galas de que es susceptible el clima tropical de la América Meridional, ofrecia un ambiente suavemente embalsamado por el aroma de mil flores de diversos colores, que sirven de esmaltado tapiz á la márjen de un manso arroyuelo de agua pura y cristalina, que trae su curso del interior del pais, y desagua en la ensonada que forma el puerto de San Lorenzo, rodeado de gruesos sauces y añosos algarrobos ; á la vez que multitud de pequeños espinillos, osten-

tando sus doradas aromas de delicado olor, convierten en un eden aquel poético lugar. Bajo un coposo ombú la naturaleza ha formado una especie de gruta misteriosa entrelazando en sus ramas multitud de enredaderas, que mezclándose entre sí, caen hasta el suelo ligándose allí con las pequeñas yerbas que crecen á su alrededor; dentro de esta gruta, y reclinada en el centro del poderoso ombú, veíase flotar el blanco vestido de una jóven, en cuyo semblante se ve pintado el temor y cuya mirada penetrante vaga de uno á otro lado como interrogando á los árboles, y mirando por entre el ramaje parece querer penetrar al traves de los obstáculos. Despues de algunos instantes de silencio, apercíbese un lijero ruido en la espesura y la figura de un hombre se dibuja entre los árboles.

—Clara! Clara! bien mio! vuelvo á tener la dicha de veros, esclama Julia, pues no era otro el hombre que allí se acercaba. Ah! cuanto he sufrido, cada dia, cada instante que he pasado despues de nuestra última entrevista! me he alimentado con la esperanza de ver lucir esto instante deseado; con ella he calmado el ardor de mi pasion, y tú, no deseabas tambien ver lucir este instante, bien mio?

—Si lo he deseado me preguntais? no me hallais como siempre la primera á la cita?

—Razon teneis: desde que os hallo aquí no debia haceros tal pregunta; pero qué quereis? el amor, el verdadero amor es egoista, es ecsijente; vé, y quiere dudar aun: presiente que es correspondido y no le basta; quiere oirlo del objeto amado.

—Sí te anio Julian? bien lo sabes.

—Y bien, Clara mia, es preciso fijar nuestra suerte de un modo definitivo: no me es posible vivir de este modo; es preciso terminar este modo de ser actual, yo estoy resuelto á ofrecerós mi mano y mi pobre nombre si quereis ligar vuestra suerte á la mia; que decís? no habláis? me rechazareis acaso?

—Que decís, Julian, rechazaros, yo! ingrato! demasiado sabeis que no podria vivir sin tí, pensaba tan solo en la coincidencia de ideas con que hemos venido ambos á este lugar.

Antes de venir aquí fuí á oir la misa y tuve la inspiracion de consultar á la vírjen sobre nuestro amor, le dirijí mis preces y la pedí proteccion! y me pareció que la imájen me sonreia, aprobando nuestra union. Bien sea una ilusion de niña, ó una realidad, esto me ha impresionado fuertemente, y me hallais dispuesta á acceder á vuestros deseos que son los mios tambien; pero temo que mi padre se oponga á nuestra union; pues pre-

siento que su voluntad no nos sea favorable, y entonces que hacer ?

—Mira Clara, yo presiento cómo tú, que tu padre lejos de mostrarse favorable á nuestros designios, nos será hostil; he creído ver en él un hombre imbuido en las mezquinas preocupaciones de la jente de las ciudades, pues parece que mira con desprecio al candoroso habitante de los campos, porque no viste brillante traje, aunque su alma no haya sido aun corrompida por los vicios que pululan en las ciudades, en eso que se llama sociedad del buen tono! Que repudia con desden al miserable gaucho, porque ajeno á la lisonja y la adulacion, no posee ni hace ostentacion de los modales y costumbres palaciegas, aunque ese hombre muy digno bajo todos aspectos de hacer la felicidad de su hija, sepa llevar con mas honra su obscuro nombre que el mas elevado pelucon del gran mundo; á pesar de todo se le resistirá siempre al hombre del campo por mas que el nombre que lleve no sea una vulgaridad, por mas que haya recibido una educacion, por mas que esté adornado de cualidades relevantes. Y aunque haya adquirido títulos honrosos ante su patria y sus conciudadanos combatiendo por ella, y haya vertido su sangre en mas de un combate, y aunque la pujanza de su brazo le haya alcanzado una

honrosa condecoracion como un premio al verdadero mérito. Nunca se verá en esto mas que al gaucho que cumplió con su deber y que ostenta un colgajo! Esta es la realidad, no creais que ecsajero; es en nuestras costumbres un legado de raza que á pesar del yugo que hemos sacudido de la dominacion española lo prohijarán nuestras sociedades como uno de tantos legados de que no habremos sabido emanciparnos. Pero el hombre del campo desprecia todas esas miserias. Dotado de un alma fuerte con ese instinto de independencia con que nacemos y que nuestros hábitos fortifican, nos creemos muy superiores á la afeminada juventud de las ciudades, que enervada en los placeres se cria raquítica y débil, y llega postrada y ecsánime al medio dia de su vida apenas. Es por eso, Clara, que he evitado y evito encontrarme frente á frente de vuestro padre, porque desde el dia en que os salvé la vida, noté en él esa altanería del que tiene la pretension de erijirse en superior de otro á quien no conoce, pero que considera inferior.

No oiste como me ofreció una recompensa por el servicio que acababa de prestarle, como si servicios de ese jénero se recompensarán ó ecsistiera un precio para ellos establecido. No puedes figurarte cuanto tuve que sufrir en aquel instante;

pero estaba embriagado en mi nueva dicha, empezaba á amar por primera vez, con ese amor puro pero vehemente, volcánico de la primera impresion, presentia que era correspondido, qué mas recompensa para mí? á mas que el que me ofendia era el padre de ese ángel que me hacia tan grata la ecsistencia.

Qué me importa á mí de toda la vanidad humana, á mí que no he encontrado obstáculo que no haya vencido, con mi fuerza de voluntad ó con el poder de mi brazo. Ah! pero ya no soy el mismo hombre que fuí, conozco que se ha operado un gran cámbio en mí: el hombre fuerte cuya voluntad de hierro era una ley, hoy no tiene ya mas voluntad ni mas poder que el del amor que le subyuga. Sí, Clara, ya no soy el hombre independiente de los campos que combatia á las fieras de la selva por hacer alarde de su destreza y su valor solamente: hoy no soy mas que un miserable que tiemblo por mi ecsistencia, porque temeria con ella perderte á tí tambien, tal es la condicion del hombre; activo, bravo y fuerte por la naturaleza, se vuelve pequeño, sumiso y débil por el poder de las pasiones.

Mientras tanto, Clara le escuchaba con atencion, enlazadas sus manos con las del jóven, sin contestar una palabra y como absorta oyendo hablar á

su amante en un lenguaje tan culto que era de admirar en un jóven del campo, y cavilosa y pensativa se decia para sí: ah! si mi padre le oyera veria que está en error. Este jóven ha recibido una educacion distinguida que ha sabido aprovechar, y que tampoco hace vana ostentacion de ella: su misma modestia le recomienda mas, pues que prueba la grandeza de su alma. Por qué razon no le ha de ser dado á una jóven el derecho de clejir el ser que ha de ser el compañero, el apoyo de su vida? Será por la incesperencia que se tiene á nuestra edad? Sin duda es una razon; pero tambien hay una mas fuerte y poderosa y es que el amor, el verdadero amor no es hijo del cálculo ni de la conveniencia, es el gran poder que une las voluntades apesar de todo, y el único que puede mantener los vínculos que él forma cuando en el andar del tiempo el materialismo ha reemplazado á la idealidad, porque tal es la condicion de la especie humana! Siempre hay una carcoma que nos roe secretamente, tenemos la tendencia á materializarlo todo, asi es que todo se estingue en el instante y nada queda para él mañana: para ese mañana siempre en perspectiva, que es el ensueño de la vida, por no decir la vida misma.

Asi razonaba la jóven poseida de la secreta in-

fluencia que el amor ejerciera en su alma. Clara teme la oposicion tenaz que su padre va á oponer á sus deseos, y sin osar resistirle tampoco piensa retroceder en su demanda, pues su pasion es muy vehemente para que pueda posponer el objeto de su amor. Lucha secretamente en su corazon el deber filial con el amor, pero sin tener idea fija, sin adoptar una resolucion definitiva, ella comprende que el amor triunfará: es por la primera vez que ecsamina detenidamente el estado de su corazon, y se espanta al sondear la profundidad de su herida. Y como si conociera por primera vez el peligro que corre en esa lucha, por un movimiento instintivo y repentino, retira su mano bruscamente de las del jóven. Este, que atribuye á otra causa la resistencia inusitada de la jóven, poniéndose de pié y erguiendo su altiva frente, la dice:

—Cómo! tambien vos me rechazais? participais acaso de las ideas de vuestro padre?

Fuertemente conmovido y dejándose llevar del ímpetu de sus fuertes pasiones, esclama:

—Cómo, Dios mio! me faltaba aun esta decepcion mas que tocar? con que me engañaba al creerme feliz, al creerme amado como yo amo!

Clara alarmada con la accion y las palabras de su amante, á quien cree víctima de una excesiva

susceptibilidad llevada al extremo, se culpa á sí misma en aquel instante de su reciente proceder, y tomando de nuevo la mano á su amante las apreta con efusion entre las suyas, y le dice :

—Por qué así, Julian, te formas en tu mente lúgubres fantasmas? por qué lanzarte á la desesperacion impelido por tus vehementes pasiones solamente? No has sabido comprenderme aun? no habeis sabido leer en el fondo de mi alma? no estais aun satisfecho de la realidad de mi pasion? un solo instante, un movimiento involuntario ó hijo solo de púdica resistencia que por primera vez experimento, ha podido induciros á dudar de mi amor?

—Perdona, Clara mia, un estravio que no he tenido el poder de contener, el exceso de mi amor, la vehemencia de mi carácter, me han hecho dudar de tu amor, aunque solo por un instante, pero por otra parte este temor os revelará la vehemencia de ese amor profundo, inmenso, que habeis sabido inspirarme, y que ante el temor de perderos no he podido ser dueño de mí mismo! he ahí la demostracion mas positiva de la imposibilidad de vivir mas tiempo fluctuando entre dudas crueles, mientras no pueda consideraros del todo mia, siempre se renovarán los temores de perderte á cada instante. Sí, Clara mia, en presencia de ese Dios todo poderoso que nos oye, júrame que

jamás pertenecerás á otro mortal sea cual fuere la suerte que el destino me depare! Ah! pero perdóname, no sé lo que digo, deliro tal vez! obro así por un poder extraño, por un secreto presentimiento. Con qué derecho voy á ecsijir de tí un voto semejante? Oh! no Clara mia! tú eres dueña de tu corazón, aunque me costára la vida, tu dicha, tu felicidad es y debe ser mi más ardiente deseo, mi único pensamiento, y si no me es dado á mí llenar este voto, por qué impedir que otro lo realice? No, Clara mia, no consientas que tu amante se muestre tan pequeño á tus ojos, aunque no sea más que por un instante en que la fuerza de la pasión ahogó su razón.

—Julian! esposo mio! presiento la noble lucha porque pasas en este instante, y lejos de merecer un reproche mio, al contrario habeis ganado inmensamente en mi cariño; si posible fuera que este pudiera ser más intenso y grande de lo que es; os he seguido paso á paso, en esa lucha del corazón: he leído en vuestro semblante todas las pasiones que os combatian á la vez, y en vuestro corazón magnánimo triunfó la razón sobre ellas; pero no os alucineis, ese triunfo no ha podido ser sino un sacrificio impuesto á vuestros sentimientos por la generosidad de vuestra alma: en una palabra, la abnegación de vuestro amor.

Y yo por mi parte, que no me conceptúo tan fuerte como vos, pero ni quiero probar á serlo, voy á seguir en este instinto los impulsos de mi corazon. Dijo, y arrodillándose con los ojos elevados al cielo, exclamó: Julian! esposo mio! yo te juro por ese Dios omnipotente que nos escucha, no pertenecer á nadie sobre la tierra si no es á tí, sea cual fuere la resistencia que haya á esta union.

Dijo, y una sonrisa anjelical se dibujó en sus lábios, bañando su semblante un reflejo de luz divina, que llevó la tranquilidad y la dicha al corazon de su amante que vierte lágrimas de alegría.

—Vamos, hijos míos! dice una voz repentina que viene á contener en sus transportes á nuestros amantes, que reconocen al venerable párroco á su inmediacion acompañado de otra persona á quien ocultan su rostro el tupido ramaje de los árboles. Clara! hija mia! le dice el sacerdote, vuestro padre que viene en mi compañía os espera; y vos Julian quedaos que tengo que hablaros.

Clara, sorprendida y temerosa por la repentina aparicion de su padre en aquel lugar, no acierta á moverse hasta que el sacerdote, tomándola por la mano y comprendiendo su temor, la dice: Nada temais, venid conmigo; y conduciéndola donde se halla el anciano padre de esta, le dirige algunas palabras en voz baja, á las que aquel contesta con

una afirmativa señal de cabeza: Clara y el anciano siguieron el camino de la casa paterna, ella temblando y él sobremanera conmovido por la escena que acaba de presenciar.

Mientras tanto el venerable párroco despues que se hubo quedado solo con el jóven, le interroga de este modo.

—De cuando acá, amigo mio, he perdido vuestra confianza, pues me ha sido preciso sorprender vuestro secreto para conocerlo?

—Padre mio y mi amigo, perdonadme, pero me ruborizaba de confesaros mi pasion, el respeto que me mereceis me imponia en parte este silencio, que á pesar de esto estaba resuelto á romper hoy mismo para confiaros mi secreto y para demandaros vuestra proteccion á la vez que suplicaros pidierais la mano de Clara á su anciano padre, que se muestra tan hostil á nuestros deseos.

—Habeis pensado bien, amigo mio, el paso que vais á dar, los nuevos deberes que vais á imponeros?

—Sí, padre mio, lo he pensado, y mi voluntad es irrevocable, porque prescindiendo que no hablara tan alto en mi corazon la pasion que siento por Clara, está, por medio su honra y no puedo dejarla en una posicion equívoca.

—Bien, hijo mio, me complazco de ver vivos

en vos aun los nobles sentimientos que siempre os reconocí y alabó; no os ocultaré que tendremos que luchar con dificultades; pero cuento con que al fin las venceremos.

—El padre de Clara!

—Sí, hijo mio, el padre de Clara; pero una feliz casualidad va á sernos tal vez favorable: el padre de Clara acaba de oír el solemne juramento que su hija acaba de haceros, y ha tenido ocasion de conocer el tamaño de la pasion de su hija, y á menos que no quiera sacrificarla, tendrá que acceder á sus deseos y á los vuestros. Pero dejad este asunto á mi cuidado, y respetad en adelante el asilo de ese anciano, mostraos siempre digno de vos mismo; no abuseis del predominio que os dá sobre su hija el poder de la pasion que habeis logrado inspirarla.

Ese anciano, por otra parte, es acreedor á nuestra consideracion, es nuestro huesped, y aunque el misterio cubre su vida para nosotros aun, sin embargo, presumo que es un patriota desgraciado, que, víctima de nuestros enemigos, ha venido á buscar un asilo entre nosotros, y este es un digno título; Julian, es preciso no dejar extinguir el noble fuego del entusiasmo en nuestros compatriotas, porque tal vez de él depende el triunfo definitivo de la revolucion americana. Es preciso al con-

trario estimularlo y mantenerlo como el fuego sagrado; y el medio mas adaptado, es el respeto y la veneracion hácia todos los verdaderos patriotas.





CAPITULO IV.

La invasion.



UNA escuadrilla española, sureando las aguas del Plata en los últimos días del mes de Enero de 1813, se internaba en el *Paraná*, llevando en sus bajeles tropas de desembarco para invadir las costas de este caudaloso río.

La revolucion americana iniciada en Buenos Aires y repercutida con entusiasmo en todos los

ángulos de la república el 25 de Mayo de 1810, se alzaba triunfante por todas partes ; el amor patrio despertado en los entusiastas argentinos, correspondia ventajosamente á la magnitud de la empresa ; mostrábanse tan grandes sus guerreros por todas partes, como el pensamiento mismo porque lidiaban. Las huestes iberas, vencidas y anonadadas por doquiera osáran presentarse, habian perdido su antiguo brio y disciplina, ante el ímpetu de nuestros paisanos transformados en guerreros, á quienes el sagrado entusiasmo patrio, hacia invencibles.

Ya las terribles falanges, orgullo de los reyes opresores, no eran mas que pobres mesnadas, á quienes, la sola aproximacion de nuestros tercios, ponía en fuga precipitada. Tal era el heroismo de esta nacion que admiró al mundo con sus proesas.

Los ejércitos victoriosos en todos los ángulos de la Nacion aumentaban ese noble entusiasmo á la vez que consolidaban la obra de nuestra revolucion. El General Belgrano triunfaba en el norte, mientras que el General Benavides acababa de obtener tambien un brillante triunfo en Santo Domingo Soriano, en la provincia Oriental.

Anonadados en todas partes, y reducidos á la desesperacion, no les quedaba á los conquistadores mas que el pequeño recinto de Montevideo, donde

el hambre los consumia. Desesperado el gefe español de aquella plaza, quizo hacer un último esfuerzo y ese fué el objeto de la expedicion al *Paraná!*

Mientras las naves españolas surcan las aguas del caudaloso río, un bizarro regimiento de Granaderos acaballo, parte de Buenos Aires en observacion de la expedicion.

Una columna de caballería compuesta de bizarra y entusiasta juventud, viste el uniforme de los valientes defensores de la patria, los que empuñando por primera vez el tajante acero con que van á adquirir sus primeros laureles, arden en deseos de medirse luego con sus orgullosos adversarios!

El gefe que los manda, va tambien por la vez primera á cubrir su frente con los primeros laureles con que la victoria orló mas de una vez sus sienas bajo el cielo del mundo americano.

Jóven aun el coronel San Martín y con un nombre honorífico, ya en la carrera de las armas, dignamente adquirido en mas de un combate en el viejo mundo, abandona su brillante teatro donde sus talentos militares le habian creado ya una posicion honorable por venir á su patria y contribuir á su libertad, dedicándole su inteligencia y su brazo.

El marcha impávido á la cabeza de su reducida columna, deseando ver lucir el instante en que las naves enemigas hoyando el suelo de los libres, lanzen á tierra las tropas que conducen. No duda un momento del triunfo, á pesar que conoce la superioridad numérica y la del arma del enemigo; á pesar de esto, tiene tan ciega fé en aquella inesperta, pero bizarra y entusiasta juventud, que cree que con soldados como los suyos no puede ser vencido! Por otra parte, conoce tambien el cansancio y falta de moral que reina en las tropas enemigas, á causa de sus continuos reveses, que le han hecho perder hasta su continente marcial en sus continuas derrotas, las resistencias que van á encontrar por doquiera aborden en un pais donde el odio á los opresores se ha pronunciado en relacion con el entusiasmo por la causa de la libertad, de todo se da cuenta consigo mismo el coronel San Martin, y su fé se robustece á cada instante por el noble entusiasmo. Jamás desmentido de su jóven tropa, á quien ni la privacion, ni la fatiga desconocidas hasta entonces para ellos, eran bastantes á calmar su ardor guerrero, todo lo pospone al deseo de batirse al dia siguiente.

Por doquiera que la columna patriota cruza, su gefe tiene ocasion de conocer la decision de los habitantes de nuestra campaña, desde el rico pro-

pietario hasta el pobre labrador, que riega el suelo con el sudor de su frente.

Todos á porfía ofrecen su persona y los recursos de que pueden disponer para salvar la patria. Una noble emulacion reina en todas las clases de la sociedad por contribuir al término de la grande obra que se iniciára en Mayo de 1810.

Entre tanto véese en las costas mover los rebaños y ganados. Prevenidos sus moradores, por las circulares dirigidas avisando la aparicion de enemigo, un sentimiento general de temor mezclado de odio hácia el fiero invasor se esparce por nuestras llanuras, las madres llevan consigo sus hijos y deudos á ocultarse en el interior del pais, mientras que los hombres se organizan en partidas para resistir la audacia del invasor.

En tanto las naves enemigas contrariadas por el ímpetu de las corrientes, se hallan mas de una vez detenidas á su pesar! Los oficiales observan desde sus buques el movimiento de los habitantes de las costas, y presienten desde ya, la resistencia que van á encontrar por doquiera. Un pánico terror se apodera de ellos, al recordar los continuos reveses que han sufrido toda vez que han osado medir sus armas con las de los fieles defensores de la patria.

Pero el orgullo español ahoga por un instante

el pavor de que se hallan poseidos, y para hacerse ilusion á sí mismos, recuerdan las tradiciones de su pasado guerrero, sin comprender que ellas quedarán con el tiempo que fué.

Por otra parte la magnificencia de aquellas comarcas en que la naturaleza se ostenta magníficamente vestida con todo el esplendor de la zona tropical, tanta magnificencia estimula su codicia, despertando en sus almas las mismas pasiones que abrigaron los primitivos conquistadores cuando anegaron en sangre el hermoso mundo de Colon.





CAPITULO V.

Revelaciones.



UNDIERA el sol su corona de oro y púrpura en el occidente, dorando las copas de los árboles con el pálido reflejo de sus espirantes rayos, próximos á extinguirse, ocultándose en el ocaso, y una suave brisa de oriente viene á atenuar el excesivo calor del día próximo á espirar.

Numerosas legiones de loros y cotorras he-

diendo el aire, y dejando oír su gutural graznido, vienen á acobijarse en las barrancas de San Lorenzo, despues de una prolongada incursion durante el dia en las islas circunvecinas.

El padre de Clara, sentado bajo los árboles que guardan su morada, pensativo y cavisbajo, parece no apercibirse de lo que pasa en su alrededor. Su esposa é hija ocupadas en su labor, se dirijen la palabra en voz baja, como temiendo interrumpir la meditacion del anciano.

Viérase entre tanto ir y venir gente á caballo, que el sudor y la fatiga de estos revelan, que acaban de hacer una larga jornada en poco tiempo. Mil otros pequeños incidentes, que en un gran centro de poblacion pasarian inapercibidos, pero que en la nuestra eran el anuncio de algun acontecimiento extraordinario, se notaban al mismo tiempo; veíase al pastor recoger presuroso un rebaño para alejarlo de aquel lugar, conduciéndolo al interior del pais, mientras que el labrador deja el arado para ceñir el sable ó empuñar la lanza para reunirse á sus compañeros y vecinos.

En medio de toda esta agitacion el venerable párroco del lugar se dirije presuroso á la morada del padre de Clara, del que no es percibido, sino cuando en el patio de la casa llamó la atencion de este, con su repentina aparicion.

—Bien venido seais, padre mio, dijo el anciano, acercándole una silla; un momento despues, cambiaba una mirada de inteligencia con su esposa, la que llamó á su hija y salió con ella á hacer un paseo por los alrededores. Clara sigue á su madre sin replicar, pero presintiendo que la visita del venerable párroco va á ejercer una influencia decisiva, quizá en su suerte futura. Su anciana madre la examina silenciosa y como si quisiera penetrar en lo más recóndito de su alma, la dice:

—¿Qué pensais, hija mia, de la visita del Sr. Cura, como de la reserva y melancolia de vuestro padre?

Estas palabras dichas con un tono dulce, aun que significativo hicieron comprender á Clara, que era una provocacion de su tierna madre, á que le abriera su corazon. Dominada en aquel instante por su entrañable amor hácia ella, no pudo permanecer impassible ante esta tierna renconvencion á su reserva, y abrazando á su madre, anegada en llanto la dijo:

—Madre mia! La tierna madre conmovida ante la sensibilidad de su hija, la estrechó en su pecho y la dijo:

—Todo lo sé, hija mia, y lo que ahora conozco en todos sus detalles, ha mucho tiempo lo he presentido: Qué puede ocultarse á los instintos

de una madre! Pero tú tal vez has temido confiarme tu pasión, temiendo mi oposición ó que te reprochara tu naciente inclinación; este temor es natural á tu edad, hija mia, y á tu falta de conocimiento del mundo; pero una madre, hija mia, no mira con austeridad sucesos de este género, á los que está ligada la suerte de una hija. Yo presiento que mi Clara se habrá mantenido fiel á las máximas que he sabido inculcarle, para que se haya fijado en un hombre que no fuera digno de ella. No es así, hija mia?

—Sí, madre mia, susurró esta, Julian es muy digno, bajo todos aspectos, de mi cariño; y no dudo que si vos le conociérais, madre mia, vos le juzgaríais como yo le he juzgado.

—Así lo creo, hija mia.

—Pero desgraciadamente mi padre

—Tu padre, hija mia! es hombre, y los hombres siempre miran estas cosas bajo otro aspecto, pero mediante los consejos del Sr. Cura á quien creo de vuestra parte, él cederá; porque venera y estima á este respetable sacerdote. Entre tanto, hija mia, dejemos por ahora estas cosas que os afectan y echemos á andar hácia el puerto á aspirar el aroma de las flores del bosque.

Dejaremos á la madre y la hija, entregadas á su agradable recreo para volver al padre de Clara y

al venerable párroco, los que así que vieron alejarse á la madre y la hija, se miraron comprendiéndose, y rompiendo al fin el silencio el venerable sacerdote, dijo :

—Y bien, hijo mio, no sabeis aun las nuevas que tenemos ?

—Qué nuevas, padre mio ?

—Qué una expedicion salida de Montevideo con tropas españolas se aproxima hácia estos lugares, por lo que os felicito.

—Qué decis, padre mio, me felicitais por hallarnos amagados de un próximo peligro ?

—Si vos lo creis así, yo no participo de vuestro temor ; y al contrario, me complazco porque espero que nuestros enemigos, van á llevar un severo escarmiento, ¿ ó no participais acaso del sagrado entusiasmo que anima á todos los argentinos por la mas noble y grande de las causas, la de nuestra emancipacion ?

—Perdonad, padre mio, pero si vos supiérais quien sóy, veriais que me ofendeis ; sabreis pues, que perseguido por nuestros opresores en Montevideo, lugar de mi nacimiento, he tenido que huir de allí buscando un asilo en estos lugares ; sabed, por fin, que Ramon de Benavides es el hermano del gefe patriota que lucha contra nuestros enemigos en la provincia Oriental, y que debido á la

decision de toda nuestra familia por la causa de la libertad, he sido perseguido y despojado de mis bienes.

—Ah! Sr. de Benavides, perdonadme, dijo el sacerdote, vos que llevais un nombre ilustre, por qué guardais el incógnito entre nosotros? En cuanto á mí, me complazco en estrechar entre mis brazos á un deudo tan cercano del héroe que acaba de humillar recientemente á nuestros opresores cubriendo su frente con el laurel de la victoria.

--Qué decis, padre mio?

—Cómo! no sabeis que vuestro hermano acaba de batir á los españoles, en Santo Domingo Soriano?

—Cómo quereis que sepa, padre mio, cuando hago aquí una vida tan retirada y fuera de todõ contacto. Pero me llenais de júbilo con esta noticia. Gracias, Dios mio! por fin tú, hermano mio, llenas dignamente la mision de ciudadano, empuñando las armas en sosten de nuestros derechos; pero tú no tienes una mujer y una hija á quien te debas; por fin en medio de mis pesares una feliz nueva viene á atenuar en parte los disgustos que me aquejan!

—Vamos, Sr. de Benavides! no miréis las cosas de ese modo: no debeis ver en el amor de

vuestra hija mas que una cosa muy natural. Hija mujer, y en una edad en que las pasiones se hacen sentir.

—Sí, padre mio, pero comprendereis vos tambien que mi deber como mis deseos, no pueden satisfacerse en ligar para siempre la suerte de mi hija á la de un hombre desconocido é inculto sin porvenir. Creo que mi hija puede y debe aspirar á algo mas.

—Sí, pero os engañais en el modo como juzgais á ese jóven, al *Isleño* como vos le llamais ! Este jóven, hijo de un amigo mio, fué confiado á mi cuidado á una edad muy tierna por su padre espirante; me dediqué esclusivamente á formarle, y tuve la dicha de conocer en breve tiempo que la intelijencia precóz de mi hijo adoptivo no solo compensaba mis cuidados sino que escedia las esperanzas que sobre él tenia formadas. Así se formó en breve tiempo, no necesitó mas de mi asiduidad; pues provisto de buenas máximas de moral que logré inculcar en su corazon, á mas de la vasta instruccion por la lectura de libros útiles, Julian es un hombre que no tendrá nada que ignorar en la sociedad mas erudita.

—Qué decis, padre mio?

—Os repito lo que os dejo dicho; ese jóven no es lo que creis, vos le habeis juzgado por su exterior

modesto solamente; pero os diré también que es muy altivo y pundonoroso, como todo hombre que tiene la conciencia de lo que vale. A mas, Julian no es un hombre sin títulos: está condecorado con el honorífico título de teniente de los ejércitos de la patria, resultado de su primera prueba en un combate contra los enemigos donde luchó bizarramente. Ya veis pues, que no es lo que os habeis figurado, siendo como sois, patriota de corazon, debeis acatar y estimar á un valiente jóven, que á mas de las bellas cualidades que le adornan, á su edad está ya condecorado por un acto de heroismo!

—Y con un abogado como vos, padre mio! replicó el anciano.

—No, yo no abogo, os digo la verdad solamente, porque es necesario conozcais al hombre que rechazais. Por otra parte, ayer habeis podido juzgar del estado del corazon de vuestra hija, y del peligro que habria en resistir á sus deseos. Yo hago justicia á vuestra ambicion de padre; es muy natural que aspireis á proporcionar á vuestra hija un porvenir feliz; pero es preciso resignarse ante los decretos de la Providencia, á mas que vuestra hija no puede ligar á su vida un apoyo mejor ni mas digno. Concluiré pues, diciéndoos que él mismo me ha encargado pediros la mano

de Clara á su nombre. Y presumo que el no dar este paso por sí mismo, solo es efecto de la marcada adversion que le habeis manifestado siempre : vos reflexionareis en calma sobre un asunto de tanto interes, pues en él está vinculada la suerte de vuestra hija.

No prolongaré mas un asunto que nadie podrá juzgar con mas tino é interes que vos mismo : pero añadiré que Julian se prepara en estos momentos á adquirir un título mas á vuestra estimacion, y á la de todos sus conciudadanos, preparándose á resistir á los invasores que se dirijen hácia acá.

—Cómo sabeis eso, padre mio ?

—Por un chasque del coronel San Martin, que se aproxima observando al enemigo. Comprendeis ahora de que nace mi fé en el triunfo que van á obtener nuestras armas ?

—Sí, padre mio, ahora os comprendo.

—Pues bien, va á ser noche, si necesitais poner vuestra familia al abrigo de cualquier accidente, trasladaos con ella al convento, y plegue á Dios que al rayar el nuevo dia, nuestros defensores hayan obtenido un nuevo triunfo, que inmortalice para siempre las playas de San Lorenzo.





CAPITULO VI.

La media noche.



ERA la media noche del 2 de Febrero de 1813, y la luna desapareciendo del firmamento, habia sumido á la tierra en densa obscuridad. Negras y gruesas nubes amontonadas en el espacio, no dejaban entrever ni ese tenue reflejo de luz, que, cual aurora boreal, aparece de vez en cuando en el firmamento en las bellas noches de verano. Todo

era obscuridad y silencio, en derredor de aquel pequeño teatro. Solo se oye el lúgubre chirrido de la agorera lechuza, símbolo de la muerte, que posada sobre la gran cruz del campo santo, llenara de pavor al supersticioso lugareño que oyese sus graznidos en medio de aquel mudo silencio tan majestuoso como imponente. Pero mientras que en aquel pequeño recinto el silencio de la alta noche parodia la inmediata mansion de los muertos, la novedad y el movimiento tienen su teatro á una corta distancia de aquel lugar. Frente al pequeño puerto, vense algunos buques fondeados, y el agudo silvido de los pitos que usan los buques de guerra, á la vez que el mudo telégrafo de una larga série de faroles que se ven subir y bajar en los mástiles de los buques, indican que estos son de guerra. Bien pronto el ruido causado por las lanchas armadas de remos, dejan oír un acompasado son, y el repentino movimiento que se nota en el rio, hace preveer la aprocsimidad de algun grande acontecimiento.

De repente ábrese la puerta del convento, y un hombre envuelto en un largo poncho y con su espada ceñida al cinto, sale acompañado de una otra sombra velada por la obscuridad, la que parándose en el dintel de la puerta, dice en voz apenas perceptible.

—Ya habeis visto, hijo mio, ellos se preparan, los momentos son preciosos. . . . Ois?

—Sí, padre mio, son las lanchas de sus buques que se aprestan al desembarco.

—Bien, hijo mio: id, no os detengo mas, id á ocupar vuestro puesto de honor, y que el próximo dia al arrojar sus rayos de luz sobre la tierra, os halle cubierto de gloria, ó con la corona del martirio.

—Oh, padre mio, por qué me hablais así?

—Que temeis morir acaso?

—Yo no conozco esa palabra temor, bien lo sabeis.

—Sí, hijo mio, lo sé; pero tambien sé que hay momentos supremos en la vida, en que un valiente no teme perderla por lo que ella es en sí sino por lo que á ella lo liga en el mundo. Me comprendeis ahora?

—Sí, padre mio, os comprendo, y os confieso que acabais de poner la mano en la herida; no temo morir combatiendo por la patria, pero temo perder á mi Clara, y ante la brillante perspectiva de la gloria; ante la procsimidad de un momento tanto tiempo deseado, ha venido por la vez primera un funesto recuerdo á mi mente.

—Pues bien, hijo mio, llama á tí todas tus fuerzas, y sacude aquí mismo esa flaqueza que te

agobia, piensa que vas á adquirir un título mas ante tus conciudadanos y sobre todo ante el padre de Clara.

—Oh, sí, padre mio, es preciso, es necesario; bendecidme en este momento solemne, y en los momentos del peligro vereis que soy siempre digno de mí mismo. Con el nombre de Clara en el corazon, y con la espada en la diestra, yo mostraré que soy siempre el hombre fuerte que sabe posponer el amor al honor y al deber. Bendecidme pues, padre mio, por la vez postrera.

—Bien, hijo mio, yo te bendigo en nombre del Dios de los ejércitos que prohija y ayuda á la mas noble y grande de las causas, porque nuestra lucha actual, Julian, es protegida por Dios.

—Asi lo creo, padre mio, adios, dijo apretándole la mano, y el débil ruido que las agudas puas de sus espuelas producian en la tierra, era la única huella que quedara del diálogo que habia tenido lugar momentos antes. Despues de haber seguido bajo la pared que se estiende hácia el fondo del convento, un caballo atado á un árbol esperaba al parecer al incógnito ser que á esa hora desafiara la soledad, con la ajilidad peculiar á los hombres de nuestros campos.

El jóven montó, y marchando al paso desapareció entre la obscuridad.

Después de haberse internado en la espesura de los árboles, y á muy corta distancia, nuestro héroe fué detenido por una sombra inmóvil que le cerrara el paso poniéndole un arma al pecho, hizo sonar ambas manos como rindiendo una señal, y la sombra desviándose dijo, "pasad." A pocos pasos de allí veíanse proyectar en la obscuridad un grupo de sombras, en derredor de uno que sacando un grueso reloj y acercándolo á la luz del cigarro, exclamó :

—Las dos: poco tiempo queda que esperar. Y bien, teniente Corbera, dijo, dirigiéndose al recién venido, que nuevas nos traéis?

—Que el enemigo se prepara al desembarco.

—Estais seguro?

—Si señor: en este instante acabo de dejar el Monasterio y desde allí he observado las señales de sus buques y el movimiento de sus lanchas cuyo ruido llegaba hasta nosotros, en medio del silencio y á través de la obscuridad.

--Bien, y vuestros hombres siguen observando.

—Si, señor.

—Estais seguro de su vigilancia.

—Enteramente, señor: son hombres que ven en el fondo de las tinieblas, que oyen hasta el ruido que produce el mas pequeño reptil al arrastrarse entre la maleza, hombres que conocen estos

lugares como vos, señor, conoceis el arte de la guerra.

—Oh, gracias por el cumplido, teniente, lo que quiere decir que teneis confianza plena en su sagacidad. No es así?

—Sí, señor, entera confianza.

Despues de algunas órdenes transmitidas á los oficiales que le rodean al coronel San Martin, á quien deben haber conocido nuestros lectores, se dirige al jóven Corbera diciéndole :

—Muy deseoso me parece estais de ver llegar el momento del combate, no es así?

—Sí, señor, espero este momento tanto tiempo deseado con impaciencia, tengo una fé ciega en el triunfo de nuestras armas, y mientras no vea llegado ese momento temo que el enemigo desista de su empresa y burle nuestros deseos.

—No sabeis, jóven, que la suerte de las armas puede sernos adversa, que el enemigo es muy probable nos sea muy superior en número y aun en el arma.

—Sí, señor, en todo eso he pensado, pero he pensado tambien en el entusiasmo y decision de que me hallo poseido por la noble causa de la libertad de mi patria, y mido los brios de los demas por los mios; cuento con que ese fuego santo del entusiasmo y de la fé del triunfo que arde en

mi pecho, alienta tambien á todos mis compatriotas. Veo vencer en todas partes la inesperta juventud argentina, á las aguerridas huestes enemigas, y esto me prueba que la opinion pública compacta y bien dirigida es invencible, señor.

—Razon teneis, jóven, y plegue al cielo que ese sentimiento noble y elevado de la union nacional permanezca imperecedero en nuestros compatriotas, y que haya el buen juicio de mantenerlo siempre y trasmitirlo á las jeneraciones futuras como el único elemento salvador de nuestra naciente nacionalidad.

‘Despues de algunos momentos de silencio en que parecia absorvido por un pensamiento superior, déjase oir el prolongado ahuyo de un perro.

—Ah, señor, dijo el jóven, esa es una señal.

—Y de quien ?

—De mis hombres en observacion del enemigo.

—Ingenioso es el medio, por cierto ! Pero véamos que os dice esa señal ?

—Es la aprocsimacion del momento que esperamos.

Mientras tanto las horas habian transcurrido y la densa obscuridad de la noche empezaba á ser reemplazada por la tenue claridad de los primeros anuncios de la aurora.

A la aprocsimacion del nuevo dia los hombres

apostados á la observacion inmediata del enemigo llegaban uno en pos de otro anunciando que aquel habia empezado el desembarco.

—Sí, ya habeis oido, señor, dijo Julian á su gefe:

—Ya lo he oido, dijo este, y dirijiéndose á un jóven oficial que al parecer espera sus órdenes, le dice:—Id, y decid al gefe apostado en el otro punto, que haga montar y estar pronto á la señal convenida para ejecutar las órdenes que ha recibido.

El jóven saludó llevando su mano á la frente, y montando en un brioso caballo desapareció entre la espesura de los árboles.

Despues de un instante el coronel dirijiéndose á Julian, le dice :

—Y vos, teniente Corbera, debeis conocer muy bien los senderos mas accesibles para caer con rapidez sobre el enemigo en un momento dado, no es así ?

—Sí, señor, conozco estos lugares como que me he criado entre ellos.

—Bueno, montad y seguidme.

Momentos despues, viérase al bizarro gefe al frente de su pequeña columna, á caballo, frio é impacible ante el sonido de los bélicos instrumentos del enemigo que atronan el aire anunciando de este modo su aprosimacion, mientras que en

nuestras filas no se hace sentir la mas leve señal, el mas imperceptible ruido que indique la existencia de una tropa estacionada allí; pero ese mudo silencio impuesto por la disciplina y la conveniencia del arte de la guerra, era solo la valla instantánea que contenia la esplosion del entusiasmo en corazones que latian de júbilo al oir sonar la hora del combate en que cada uno quiere ser el primero en medir sus armas con los obstinados opresores de la patria.





CAPITULO VII.

La Batalla.



A eran las cinco de la mañana del día *tres de Febrero*, y los primeros albores de este nuevo día, anunciaban un grande acontecimiento á los pacíficos moradores de aquellas rejiones. Vése desembarcar una gruesa columna de soldados, que ostentando orgullosos el descolorido pendon de Castilla al ruido de sus bélicos instrumentos, que ha-

ciendo oír sus toques guerreros parecen querer despertar el entusiasmo de esta tropa y prepararla al combate provocando á la lucha al que osare hacerles resistencia.

Pero soio el eco lejano reproducido en el espacio, contesta á esa provocacion, todo yace inanimado como si la aprocsimacion de aquella flota con todo ese aparato hostil que la rodea hubiera llenado de pavor á los habitantes de aquellos lugares, y aun hasta la naturaleza misma parece participar de ese temor.

Las aves cruzan veloces el caudaloso Paraná y van á ocultarse al parecer en las desiertas islas inmediatas.

Poco tiempo ha bastado para que la tropa agresora formada en columna, emprenda su marcha con direccion al monasterio del que ~~creen~~ posesionarse sin resistencia, vista la yerma soledad que los rodea.

Ya las últimas hileras de aceradas bayonetas han desaparecido del pequeño radio que forma el puerto, perdiéndose de vista en la altura culminante de la barranca, cuando el rudo tropel de una columna de caballeria saliendo derrepente de entre el bosque cae de improviso sobre el enemigo, cual torrente que se desborda sobre las filas españolas. Los aceros brillan reflejados por los pri-

meros rayos del sol como exhalaciones atmosféricas al caer sobre las cabezas de los aterrados invasores, que, sorprendidos con esta inesperada aparición, se quedan yertos de pavor al ruido de sus sonoros clarines. Otra pequeña tropa los carga por la parte opuesta tomándolos en medio.

Nada resiste al ímpetu de nuestros guerreros. Do quiera véñse hundir cráneos y caer brazos mutilados por el tajante acero, y hasta los briosos corceles parecen animados de fiera zafia, llevándose con sus fuertes pechos, hombres, armas y cuanto se les opone. Pero la sorpresa causada por la rápida aparición de la bizarra hueste ha pasado, y el enemigo, ruborizándose sin duda de verse vencido por tan escaso número, vuelve en sí de su estupor, se rehace por los gritos de sus gefes y oficiales que, queriendo lavar la negra mancha con que se han cubierto, hacen esfuerzos de valor por honrar sus armas.

Las aceradas bayonetas húndense de nuevo en los briosos corceles cubiertos de sangre y de espuma, y las prolongadas detonaciones de un fuego mortífero, asestado sobre nuestros valientes, tiñen de sangre el campo del combate y en medio de la densa humareda, véñse resistir impávidos el violento empuje de las aguerridas huestes españolas.

El coronel San Martín al frente de su pequeña tropa dá el ejemplo de bravura, á la vez que con elocuentes palabras y vítores á la libertad, escita mas y mas el ardor de nuestros jóvenes guerreros. También el venerable párroco del monasterio ha querido ser partícipe del peligro de sus compatriotas, apareciendo en medio de la lucha como un enviado del Todo Poderoso para exhortar á los bravos que mantienen una lucha tan desigual, á la vez que presta los últimos y cristianos auxilios á los que, cubiertos de gloria, caen exhalando el último suspiro.

Veíase entretanto á nuestro joven héroe Julian Corbera seguido de una decena de hombres, que han cambiado el arado por la lanza, recorrer impávidos las filas enemigas, llevándose por delante todo lo que se les opone, tiñendo en sangre la acerrada moharra de su lanza. Brillantes rayos de fuego despiden sus negros y rasgados ojos, su nariz ábrese dilatada por la expansion de ira de que se halla poseido y un aspecto de fiero valor rodea su hermoso y varonil semblante. Parece el ángel exterminador enviado allí en aquel momento supremo para hacer inclinar la balanza del lado de la buena causa.

Los españoles, espantados de tan obstinada resistencia, empiezan á ceder, y bien pronto el desór-

den se comunica en sus filas. En vano sus gefes intentan contenerlos, todo es inútil, y la derrota se pronuncia, los montones de cadáveres hacinados, sobre que pasan en su huida, junto con el dolorido acento de los moribundos, aumentan su temor, mientras los bien templados corbos caen sobre los fujitivos como una lluvia de fuego, abriendo anchos claros en sus desordenadas filas. Los bizarros granaderos, cubiertos con el polvo y sangre del combate, pero con las sienes orladas con el laurel de la victoria, los persiguen sin tregua hasta en su último refugio. Bien pronto la columna vencida ha atravesado la distancia que los separa del lugar de su desembarco, y allí, protegidos por nuevos soldados que sus buques han lanzado á tierra en su proteccion, al ver caer desde las barrancas muchos de sus soldados que, dominados por el terror, huyen del filo de las espadas para caer mutilados sobre las piedras del rio, recibiendo así una muerte tan terrible como inevitable.

El estampido del cañon déjase oír en los buques fondeados enfrente, dominando las alturas, y el mortífero proyectil lanzado viene á herir los oídos de los granaderos que, obstinados, quieren esterminar los restos enemigos, sin contar el número; las pruebas de heroismo se reproducen por nuestros valientes; y hubo un bizarro oficial, que hundien-

do en los hijares de su brioso corcel las aceradas puas de sus espuelas, arremetiera metiéndose entre la compacta masa de bayonetas enemigas, y en medio del fuego y de la metralla, hunde su espada en el pecho del oficial que ostentaba la enseña enemiga, y dueño de este valioso trofeo, abandona impasible el teatro de su hazaña y vuelve á sus filas á presentar este homenaje de su valor á su digno gefe.

Este, viendo terminado el éxito del combate, y sin objeto en sacrificar mas víctimas sobre los laureles adquiridos, hace cesar la persecusion y deja embarcar los mutilados restos enemigos, que al volver á sus naves cubiertos con la vergüenza de la derrota, llevan consigo multitud de heridos que exhalan profundos jemidos de dolor, al ser conducidos á sus flotantes asilos. El pavor y el despecho véñse pintados en los sombríos rostros de toda aquella vencida soldadecza, el indecible poder del miedo ha invadido las naves enemigas, y soldados y oficiales presa de él, no se creen seguros ni bajo de las baterias de sus atronadores cañones.

En el entretanto, la pequeña fuerza vencedora, radiante con la aureola del espléndido triunfo obtenido, hace oír el armonioso toque de sus bélicos instrumentos, no ya con el lúgubre sonido del

toque de matanza, sinó con el armonioso de la victoria, pueblan el aire sonoras aclamaciones de los gozosos habitantes del lugar que saludan con júbilo á los recientes vencedores, y las hasta entonces mudas campanas del convento, dadas á vuelo hacen oír sus prolongados repiques, contribuyendo así á solemnizar aquel acto.

El bravo gefe que acaba de conquistar tan dignamente los primeros laureles que orlan su frente bajo el bello cielo de su patria, recibe las mas sinceras y significativas ovaciones del virtuoso párroco y de sus entusiastas feligreses.

Nuestro jóven héroe, el intrépido Corbera, es tambien partícipe de las expansivas demostraciones de sus vecinos y conciudadanos. Encómianse sus brillantes hechos, alábase su valor, mientras que él, con la modestia que le es peculiar, contesta que no ha hecho mas que llenar su deber de ciudadano, pero su alma; fuertemente impresionada por un violento deseo, que la calma que ha precedido á la lucha ha despertado con mas fuerza en su corazon, solo desea encontrar alguien que le hable del objeto amado.

El padre de Clara, acompañado del venerable párroco, se aprocsima al grupo donde se halla el gefe vencedor, al que es presentado por este, con el nombre de D. Ramon de Benavides, hermano

del guerrero afortunado que acaba de humillar al enemigo en la Banda Oriental.

El Sr. de Benavides tributa el homenaje de sus respetos al digno gefe vencedor, y con bien sentidas palabras espresa su alta estima, como patriota entusiasta, á la vez que le felicita cordialmente por la gloria que ha adquirido en este dia memorable.

—Gracias, señores, contestó el distinguido veterano con esas nobles y corteses maneras que le eran habituales. Pero, sed justos, señores; ¿por qué no hacer partícipes de vuestras manifestaciones á todos estos valientes que han lidiado como verdaderos héroes? por qué no tributar tambien vuestro homenaje á este valiente jóven, cuyos hechos deberian pasar á la posteridad. Dijo, dirijiéndose á Corbera, aquí teneis, señores, un valiente, que en otras rejiones mas felices para el guerrero habria podido ser el héroe del siglo, en que sus proezas lo habrian elevado á la altura de un hombre histórico; pero en nuestro pais, vírjen aun el verdadero mérito, muere casi siempre obscuro y sin recompensa. Sí, señores, este digno oficial que se ha hecho acreedor á la consideracion de la patria y sus conciudadanos como á mi alto aprecio en particular, es digno de ser mirado

con la mayor distincion por vosotros. Dijo, teniéndole la mano.

Julian poseido del mas cordial reconocimiento hácia aquel héroe que tambien sabe honrar el mérito, baja la vista ruborizándose y poseido de una dulce emocion, no acierta á contestar.

El digno párroco lo estrecha entre sus brazos y sus lágrimas son la espresion mas sentida del contento que le ha causado el homenaje que el vencedor tributa á su digno amigo.

—Hijo mio, le dice, yo te admiro; recibe el homenaje de gratitud del ciudadano y del patriota á la vez que las felicitaciones del amigo.

—Gracias, padre mio, contesta este confundiendo sus lágrimas con las del anciano.

El padre de Clara silencioso, pero conmovido durante aquella escena, no puede resistir á las impresiones de noble entusiasmo de que se halla poseido en aquel instante, y estendiendo la mano al jóven, le dice :

—Corbera, acabais de adquirir poderosos títulos á mi aprecio y distincion ; me siento humillado ante vos en este momento, y aspiro á vuestra amistad. Dijo, apretando la mano del jóven.

—Gracias, señor, gracias, todo lo que pueda haber hecho como soldado de la patria, está dig-

namente recompensado con las gratas emociones que experimento en este instante.

—Bien, señor de Benavides, contestó el venerable párroco, acabais de dar una prueba de hombre de corazón y eso os honra, amigo mío, pero completad vuestra obra; las almas grandes no obran á medias. Dad á este jóven noticias de alguna bella criatura que vos conoceis y os agradecerá mas que vuestras manifestaciones. No habeis oido, amigo mío, que las espartanas coronaban á los vencedores?

—Sí, razón teneis, padre mío, contestó el anciano. Clara está buena y se complacerá al conocer vuestras proezas, digno y valiente jóven.

—Oh! gracias, señor, contestó el jóven ruborizándose.

—Y bien, señores, dijo el coronel dirijiéndose á ellos, veo que sabeis honrar el mérito y me complazco sobre manera, porque debeis saber que el estímulo es un grande elemento! Creeis acaso que los antiguos pueblos guerreros hubieran llegado á conquistar medio mundo por su valor sino hubieran instituido premios dignos al mérito y al valor? Creis que los romanos hubieran podido llevar á cabo todas sus conquistas, si la madre no hubiera estimulado al hijo, la hermana al hermano, la amante vírgen á su jóven prometido ci-

fiendo su frente de laurel y haciendo un timbre del valor que se transmitia de jeneracion en jeneracion ?

No, señores, el hombre tiene una faz muy vulnerable ; mimad sus instintos, alabad, encomiad sus bellas acciones, y de ese hombre con todos los defectos peculiares á la pobre humanidad hareis un ser superior! Pero si al contrario el mudo egoismo réemplazase al justo homenaje á que el mérito es acreedor, entonces nada espereis porque habreis confundido lo malo con lo bueno, y no habrá estímulo para perseverar en el buen camino ; que, como sabeis, está sembrado de espinas, que no es dado á todos superar los escollos y marchar adelante. Hay, pues, una fuerza superior, un grande y poderoso elemento que sirve al hombre de apoyo, es el poder moral, la influencia secreta que habla al corazon del hombre por medio de ese prestigio con que la sociedad le sirve de éjida, escudándolo y rodeándolo con la fuerza poderosa de la gratitud, como un homenaje que se tributa al mérito.

O si no decidme : creis que un sabio magistrado, un hábil general pueda lanzar siempre á la lucha sus huestes, sino tiene la destreza de tocar esos resortes secretos del corazon humano, y mantener ardiendo el sagrado fuego del entusias-

mo? No, señores, el entusiasmo como todo se gasta y muere. En fuerza de ese noble sentimiento lanzais un hombre que juega su vida al peligro ; pero pasa ese momento, la reflexion viene, y es entonces que se mide la magnitud del sacrificio vendido.

Por eso para no matar ese fuego sagrado que arde en el corazon de la juventud es preciso hablar al corazon ; me entendeis?

Quiera Dios que en la nueva vida en que entramos como pueblo libre y con existencia propia, no vengan las malas pasiones á contagiari nuestra exaltacion popular, y estacionar nuestras nacientes virtudes cívicas, porque entonces antes que hayamos podido innocular en nuestras masas populares tan nobles ideas, las malas pasiones van á explotar ese grande pero fugaz sentimiento del patriotismo, y hay un grande é inminente peligro en eso ; y ese peligro está en la transicion que se opera en el rápido cambio de nuestra forma gubernativa.

No se puede hacer de un pueblo lo que se quiere, cuando ese pueblo no ha sido preparado de antemano á lo que se le destina ; las instituciones liberales son la esencia del bien, son la personificacion del buen gobierno ; son la espresion del mejor régimen, y por eso es y será muy feliz el pueblo que pueda ser regido por ellas ; pero por

eso mismo es muy raro el pueblo que ha sabido ó podido mantenerlas. Destruyéndolas por querer abusar de ellas, porque tal es la condicion humana, nunca le basta lo que tiene, busca algo mas, y esas son las exageraciones y hay está el verdadero peligro.

Por eso es preciso no dejar extinguir las nobles virtudes, porque son la única barrera que podeis anteponer á la anarquia; debo deciros, amigos míos, que estoy muy satisfecho de las primeras pruebas que hago en mi patria, y creo que tenemos poderosos elementos para ser una grande y poderosa nacion. Pero no os ocultaré tampoco que corremos grandes riesgos! Cuando he visto luchar un puñado de jóvenes imberbes, cuyas puras frentes no habian recibido aun el baustismo del fuego de los campos de batalla, y vencer con denuedo las aguerridas huestes españolas; cuando he visto la abnegacion con que vos, venerable anciano, os habeis presentado en medio del peligro, abandonando los pacíficos deberes de vuestro sagrado ministerio para esponeros á todos los riesgos, animando con vuestra voz y ejemplo á nuestros jóvenes guerreros, me he dicho: el pueblo que así combate debe vencer.

Así es que no dudo del triunfo de nuestra lucha actual; lo que me preocupa es el uso que ha-

remos del triunfo despues de terminada la lucha. En cuanto á mí, debo deciros que el recuerdo de estos lugares será imperecedero en mí ; recordaré siempre con júbilo este dia de tan gratas emociones. Es el primer esfuerzo que dedico á esta patria tan querida, y sea cual fuere la suerte que el destino me depare, siempre recordaré con entusiasmo el memorable Tres de Febrero en el pueblo de San Lorenzo.





CAPITULO VIII.

Tres dias despues:



RES dias despues de los acontecimientos que hemos narrado, las naves españolas, hendiendo sus proas en las blancas y espumosas ondas del *Paraná*, descendian á favor de su impetuosa corriente hácia la embocadura del inmenso *Rio de la*

Plata.

Cubiertos de pavor y vergüenza los orgullosos agresores abandonan aquellas ricas y fértiles ro-

giones que en su loca fantasía creyeron reconquistar y mantener !!

Pero las tajantes espadas de los libres argentinos les probaron una vez mas su impotencia haciéndolos huir ; ante el muro impenetrable de sus fuertes pechos y la pujanza de su brazo. Corridos y avergonzados con la faz cubierta de lodo y sangre, abandonan el teatro de su tumba y de su oprobio para ir á ocultar su vergüenza dentro de los muros de la infeliz Montevideo, que gime aun bajo el peso de sus cadenas.

Mudo terror domina abordo de las naves á soldados y marinos ; y los ayes del herido vienen á cada instante á herir su mente y mantener vivo el fatídico recuerdo de la ingrata escena en que acaban de ser actores desgraciados.

Paséase en el alcázar de popa de la nave capitana un hombre que, cavisbajo y taciturno, levanta de vez en cuando su cabeza, dirigiendo ávida y escudriñadora mirada hácia la costa inmediata, en la que percibe de vez en cuando pequeña tropa de ginetes que en la vigia permanente acechan constantemente sus maniobras.

Ah ! los gauchos y siempre ellos ! esclama ; y que estas gentes medio nomades han de ser las que manchen y humillen el pendon de Castilla ! por mas que me pierdo en un piélago de reflexio-

nes, no acierto á comprender esta fatalidad. Venidos siempre, y por gentes que vienen á oír por primera vez el ruido del cañon y el estridor de los aceros! pero ello es la realidad, vencidos en el Oriente; vencidos en Occidente!

—Ha degenerado acaso el brio ibero? No, que siento latir mi pecho aun al solo recuerdo de nuestras gloriosas tradiciones! Es que estos criollos se baten como las fieras de sus desiertos? No acabo de ver aquella pequeña tropa lidiar como tigres sedientos de sangre y mantenerse impávidos ante el mortífero fuego de nuestra infanteria? NÓ, no es posible domeñar cierta gente; y yo, que debía rendir un grande é importante servicio, yo, á quien nuestro virey ha confiado lo mas escogido de sus tropas, á fin de dar con ellas un golpe que se hiciera sentir, un último esfuerzo, que tentáramos y que nos salvaría de la próxima ruina que nos amenaza; y yo en quien se vinculan tantas esperanzas, vuelvo vencido! Y con el blazon de nuestras armas manchado por la derrota!

Ah! dijo asentando fuertemente su mano sobre su ancha y pálida frente surcada de pronunciadas arrugas, y velada por el despecho. Pero no he hecho honor á mis armas?

No he lidiado como cumple á un soldado de honor y á un caballero español?

El tercero dia tocaba á su término, y las naves impelidas por un fuerte viento vogaban viento en popa hácia Montevideo despues de háber desembocado en el caudaloso *Rio de la Plata*.

En el mismo dia la gaceta ministerial de Buenos Aires registraba en sus columnas el importante documento que á continuacion transcribimos:

Victoria del 3 de Febrero. (1)

Parte del coronel de granaderos á caballo D. José de San Martín, al Superior Gobierno.

Exmo. señor.

Tengo el honor de decir á V. E. que el dia 3 de Febrero, los granaderos de mi mando, en su primer ensayo han agregado un nuevo triunfo á las armas de la patria; los enemigos, en número de 250 hombres, desembarcaron á las cinco y media de la mañana en el puerto de San Lorenzo, y se dirigieron sin oposicion al Colejio de San Carlos, conforme al plan que tenian meditado. En dos divisiones de á sesenta hombres cada una, los atacué por derecha é izquierda, hicieron no obstante una esforzada resistencia, sostenida por los fuegos de los bu-

(1) Histórico.

ques, pero no capaz de contener el intrépido arrojó con que los granaderos cargaron sobre ellos sable en mano. Al punto se replegaron en fuga á las barrancas dejando en el campo de batalla 40 muertos, 14 prisioneros, 12 heridos sin incluir los que se desplomaron y llevaron consigo, que por los regueros de sangre que se ven en la barranca considero mayor número, 2 cañones, 40 fusiles, 4 bayonetas y una bandera que pongo en manos de V. E., y la arrancó con la vida al abanderado enemigo el valiente oficial D. Hipólito Bouchard. De nuestra parte se han perdido 26 hombres, 6 muertos y los demas heridos, de este número son el capitán D. Justo Bermudes y el teniente D. Manuel Diaz Velez, que avanzándose con energia hasta el borde de la barranca, calló este recomendable oficial en manos del enemigo. El valor é intrepidés que han manifestado los oficiales y tropa de mi mando los hacen acreedores á los respetos de la patria y atenciones de V. E. Cuento entre estos al esforzado y benemérito párroco Dr. D. Julian Navarro, que se presentó con valor, animando con su voz y suministrando los auxilios espirituales en el campo de batalla; igualmente lo han contraido los oficiales voluntarios D. Vicente Mármol y D. Julian Corbera, que á la par de los míos permanecieron con denuedo en todos los peligros.

Mis granaderos hubieran terminado en este día de un solo golpe las invasiones de los enemigos en las costas del *Paraná*, si la proximidad de las bajadas que ellos no desamparan, no hubieran protegido su fuga; pero me arrojó á pronosticar sin temor que este escarmiento será un principio para que los enemigos no vuelvan á inquietar estos pacíficos moradores.

Dios guarde á V. E. muchos años.

JOSÉ DE SAN MARTIN.

San Lorenzo, Febrero 3 de 1813.

NOTA—El buque comandante de la escuadra enemiga me ha remitido un oficial parlamentario, solicitando le vendiera alguna carne fresca para sustentar á sus heridos, y en consecuencia he dispuesto se le facilite media res, exigiéndole antes su palabra de honor de que no será empleada sino en ese objeto; siguen trayendo mas muertos del campo y de las barrancas como igualmente fusiles.

He propuesto al oficial parlamentario, si el comandante de la escuadra quiere canjear el único oficial prisionero D. Manuel Diaz Velez.



CAPITULO IX.

La boda.



ERA el domingo siguiente al memorable suceso del día 3 de Febrero y las campanas del convento dejan oír su acompasado son en prolongados repiques. Los habitantes de los lugares circunvecinos afluyen como de costumbre engalanados con sus vestidos de día de fiesta. Al entrar en el templo ven preparativos que les hacen presagiar alguna solemnidad extraordinaria.

Gran cantidad de largos cirios arden en el altar mayor, y vistosos adornos de diverso género han reemplazado en este día, las viejas y descoloridas pinturas que representan aun el origen primitivo de la erección del monasterio. Las viejas alfombras sembradas de vivos y variados colores, obra índijena que la piadosa caridad de los fieles ha colocado allí para servir de tapiz al templo de Dios, la antigua araña refleja sus luces en la inmensidad de pequeños pedazos de cristal tallado que le sirven de adorno, dándole una apariencia hermosa y resplandeciente.

Dos hileras de sillas colocadas en el centro del templo, han reemplazado á los viejos escaños de grueso y pesado fiandubay; un gran sillón de jacarandá forrado de tafílete punzó y adornado con tachuelas doradas está colocado mas arriba de estos como en un lugar privilegiado.

Mientras que los vecinos del lugar y de diez leguas á la redonda se mostraban admirados de una fiesta que presentian, pero cuyo objeto les era desconocido cuchicheaban entre sí, hablándose al oído muy quedito, sobre todo las mugeres, en quienes el deseo de satisfacer su curiosidad era superior á todo otro deseo en aquel momento. Cambiaban preguntas y hacian deducciones á su antojo, y á pesar de esto no atinaban con el verdadero mo-

tivo que producía el cambio operado en el interior del templo.

En tanto que el deseo y la duda se mantienen en la iglesia, nos trasladaremos á una blanca casita á la izquierda del templo, cubierta con seis elevados álamos que ya conoce el lector. Véese en ella numeroso séquito formado por un lucido acompañamiento que, partiendo de allí, se dirige hácia el templo. Varios militares ostentando sus lucidos uniformes, abren la marcha sígueles una jóven cubierta de un largo velo blanco, que prendido en su cabeza cae hasta tocar el suelo, una corona de blancos azahares ciñe su pura frente, y su finísimo vestido blanco también comunica á aquella figura angelical un prestigio misterioso nacido de aquel ser vaporoso y aereo con aquel blanco vestido símbolo de la castidad, transformándola en uno de esos seres mitológicos de la antigüedad, que como divinidades secundarias estaban destinadas á guardar el fuego sagrado eternamente. Con la vista fija en el suelo y conducida por su anciana madre parece que se dejara á pesar suyo conducir al sacrificio ; pero el sonrosado rubor que cubre sus mejillas, y las furtivas aunque tímidas miradas que de vez en cuando dirige á un jóven, vestido de uniforme y que camina en pos de ella, en cuya fisonomía veíanse pintados el júbilo y la alegría,

quien le dirige tambien ardientes y cariñosas miradas, cada vez que sus ojos se encuentran como dirigidos por un poder oculto y misterioso, revelan al observador que aquellos seres henchidos de dicha y de ventura caminan complacidos á un sacrificio voluntario, que la bendicion nupcial va á sellar para siempre al pié de los altares con los indisolubles lazos de himeneo. En pos de ellos sigue el anciano padre de Clara, á quien ya nuestros lectores habrán conocido ; á su lado marcha el bizarro gefe que dias antes cubriera su sien de laureles en aquel mismo lugar, que no ha querido abandonar sin dejar un recuerdo de dicha, unido al de su primer hecho de armas, en aquellos lugares tan simpáticos para él, prestándose deferente á acompañar al altar á aquellos dos seres á quienes ha contribuido á hacer felices premian-do con el prestigio de su presencia en aquel momento solemne, el valor y bellas cualidades del valiente jóven que ha contribuido con sus esfuerzos á la nombradía que ha adquirido en aquel dia por siempre memorable. A las puertas del templo recíbelos el venerable párroco, y despues de haber conducido al ilustre gefe mimado por la victoria al sitio de honor que le habia sido destinado, desaparece por algunos instantes y vuelve revestido con las sagradas vestiduras. Bien pronto há-

cense oír los cánticos religiosos acompañados del misterioso sonido del órgano, y una nube de incienso se eleva hasta el solio de la divinidad, formando ese poder prestigioso que la religion ha dado al culto divino, y que tan bien espresan las grandezas de la divinidad, transmitiendo al alma de los fieles circunstantes el recuerdo de los sagrados misterios de nuestra religion ante los que el corazon mas frio siéntese conmovido por el ardiente fuego de la fé, que con toda la imponente magestad que en sí encierra los absorve ante la imágen de su Criador haciéndoles olvidar las miserias de la vida humana.

El mudo silencio de la contemplacion ha absorbido á aquella numerosa concurrencia y parece no ocuparse del aparato desconocido, pero prestigioso que por primera vez los rodea. Bien pronto el venerable párroco se presenta frente al auditorio y con voz magestuosa pronuncia los nombres de los jóvenes que van á unirse para siempre. Un ligero rumor siéntese en el auditorio, el que es reemplazado muy luego por el mas profundo silencio, deseoso de no perder el mas pequeño detalle de aquella ceremonia rodeada de tanto esplendor. Un momento despues déjase oír el sonoro sí, del arrogante joven que con su corazon palpitante de alegria ha visto lucir por fin el momen-

to deseado de unirse para siempre á su idolatrado objeto, jurándole entusiasta una fé eterna á la vez que inestinguible cariño. Clara, conmovida en aquel momento solemne, apoyada en el seno de su madre, pronuncia el solemne sí, con toda la timidez propia de su sexo y del momento; pero haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma y temiendo no haber sido oída, pronuncia un sí juro, mas inteligible y sonoro, como dudando si su voluntad habrá sido bien interpretada. Bien pronto la bendicion nupcial cae sobre los desposados, que unidas sus manos, toman el camino de su morada envidiados por todas las jóvenes doncellas del lugar, que han presenciado aquel acto solemne, haciendo palpar mas de una vez su corazón de deseos.

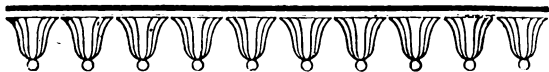
Llegados á su morada y rodeados de un numeroso séquito hácese oír la armoniosa música del regimiento, como despidiéndose del guerrero que ha cambiado la gloria de Marte por la paz del himeneo.

El padre de Clara abraza á su nuevo hijo confiándole la suerte y destino de su querida hija. La madre, anegada en llanto abraza tambien á este, dando lugar á una de esas escenas sentimentales de la vida doméstica ante las que no hay espectador que no se sienta conmovido. El venerable

párroco, lleno de júbilo al ver coronados los deseos de su jóven amigo, espresa su contento con vivas demostraciones de alegría.

Despues de algunos instantes el bizarro gefe pónese de pié y se despide de sus amigos diciéndoles : voy á partir, he llenado mi mision en estos lugares y el guerrero no debe dormir sobre sus laureles cuando quedan aun enemigos que combatir, y por consiguiente no debo estar en inaccion. Pero sea cual fueré, hijos mios, la suerte que el destino me depare, siempre os recordaré con cariño, pues este lugar es y será siempre de grato recuerdo á mi corazon, como es tambien la primera página en estas regiones de la vida militar de José de San Martin.

FIN.



ÍNDICE.



A NUESTROS LECTORES.....	<i>pág.</i> 3
CAPÍTULO I. Descripcion.....	5
“ II. El convento,.....	17
“ III. La cita.....	29
“ IV. La invasion.....	43
“ V. Revelaciones	49
“ VI. La media noche.....	59
“ VII. La batalla.....	69
“ VIII. Tres dias despues.....	83
“ IX. La boda.....	89



